

1968, AÑO DE MASFERRER

ALBERTO MASFERRER

NIÑERIAS



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

*Primera edición
Tipografía La Unión
San Salvador, 1935*

*Segunda edición
Dirección General de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1965*

*Dirección General de Cultura
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1968*

*Portada de
ANTONIO FLORES HERNÁNDEZ*

*Dibujo de
CAMILO MINERO*

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES

**DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8**

NOTA EDITORIAL

NIÑERIAS es otra muestra de la limpidez y frescura de la prosa de don Alberto Masferrer⁽¹⁾.

Es innegable que al leer estas NIÑERIAS, el hombre que haya experimentado las suyas, habrá de recordarlas y llevará su alma a un remanso de paz.

Los “papalotes”, las “peregrinas”, las carrozas, los “nacimiento”, son temas de remembranza para todo aquel que haya vivido plenamente su condición de niño. Y don Alberto nos lleva de la mano a un refrescante paseo por incidentes y aventuras en los que todos hemos sido actores

La llegada de un nuevo maestro a la escuela, una “autorizada” opinión del extranjero que se radica en el pueblo, los viajes a caballo a los lugares vecinos, el “suplicio” del aprendizaje de la lectura, los días de lluvia que invitan a chapotear en las corrientes de agua que se forman en las calles empedradas; la curiosidad de conocer el significado de nuevos términos

(1) ALBERTO MASFERRER, nació en Tecapa (hoy Alegría), Departamento de Usulután, el 24 de julio de 1868, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

correspondientes a idiomas extraños, todo aparece hábilmente expuesto por Masferrer.

Bien adentrado el Maestro en la conciencia de su pueblo y consciente de las profundas raíces de su nacionalidad, aprovecha sus NIÑERIAS para narrarnos preciosas leyendas como la del Carbunclo y tradiciones populares como la golpiza del Izote.

No hay duda que Masferrer no sólo fue capaz de revivir sus experiencias infantiles. Por medio de ellas, con maestría y delicadeza, nos lleva a purificarnos en el agua bendita de la inocencia.

A todos los homenajes que los salvadoreños rinden a Masferrer en este año del centenario de su nacimiento, la Dirección General de Cultura, por medio de la Dirección de Publicaciones, agrega el suyo con reverencia en la edición de NIÑERIAS.

RECUERDOS DE LA PRIMERA INFANCIA

I

MIS primeros recuerdos, ensueños más que recuerdos, son de un niño que toca el arpa: una rama seca, bifurcada en ramillas resonantes.

Al final de cada trozo, me dan, en homenaje, una guayaba, un jocote o un mango.

Era trovador, y era rey. De trono, una mesa donde me suben mis vasallos. Yo giro los ojos rápidamente —¡cosa de reyes!—, y los espectadores me aplauden y me besan.

Acaso fue en un panorama, donde vi —tengo aquí, palpitante de vida la impresión— un hombre grave, de relucientes ojos... un rey, pues!

Entonces conocí también a los turcos. Feroces, con largas barbas, llevando unos machetes enormes, y grandes escopetas que se enredan en sus anchas túnicas de púrpura.

¡Hermosos turcos!

II

Mi abuelito dice que era yo un niño valeroso. No conocía el miedo.

—Ita, mene hoy el coyotillo?

—Sí, mi hijito, esta noche.

—Ponque yo quelo pelian con en.

—No tendrás miedo?

—Conque una vez pelié con en tigre!

Por la noche:

—Cómo, ¿no esperas el coyotillo?

—Mejon no, Ita, hora teno mucho cheño.

Al amanecer:

—Vino el coyotillo, y dijo que eras un cobarde.

—Qué tonto, Ita! porque le teno látima. Pelo hoy lo mato con mi machete.

Por la noche, la misma historia, y con el día, un héroe.

III

¿A dónde ha ido mi amiguito Manuel? Decidle mi nombre, y acaso no despertéis ningún recuerdo en su memoria. Y sin embargo, qué largos conciertos dimos juntos, él con el clarinete de palo, y yo con el tambor, el máspreciado de mis instrumentos.

Porque como yo nací músico, pasé del arpa al clarinete, de ahí a la dulzaina, al corneta, al pistón, a cuanto suena. Aun ahora, busco la música en mis rebeldes frases, y ¿quién sabe? acaso salte a veces, como la onda de fuego comprimida por la corteza de una montaña.

Pues sí, el negrito Manuel era un incansable soplador en el clarinete de palo. Sobre sus chillidos se alzaban los redobles de mi tambor; la Gallinona nos prestaba su alegre cacareo, y sobre este delicioso conjunto, los agudos ladridos de Brabonel saltaban, se encabritaban, se esparcían como una ola estruendosa, e iban a romper las orejas de todo el vecindario.

En lo más recio de la fanfarria, la campana de la Iglesia tocaba a comunión; la onda sonora corría por el aire, entraba, cuchicheaba a nuestros oídos. . . y súbitamente, el pito, el tambor, y hasta la Gallinona y Brabonel se callaban.

Quedábamos nosotros boquiabiertos, llenos de no sé qué extraños pensamientos...

—Oy!... están pensando!...

—Sí, repetía Manuel, en voz baja, están pensando...!

Lector, si la divina Gramática, y la sagrada Retórica, y la deliciosa Filosofía, y la risueña Política no han secado enteramente el jugo de tu corazón, sabrás por qué las místicas palabras del campanario nos sumergían en esas melancólicas meditaciones; señal, para nosotros, de que estaban pensando!...

IV

Los conciertos eran los domingos. Así, estábamos solos, libres para nuestros ensueños y nuestros juegos locos.

Un pasaje mal interpretado, un tamborileo extemporáneo, un pitoretazo estridente, traían enseguida una discusión, que iba a terminar, es claro, en una moqueteada de marca.

Iguales eran los campeones y como la lucha no era sino exceso de vida, terminaba siempre en un armisticio, seguido de nueva furia musical.

Manuel podrá contarlo, por si no me creéis: a media pelea conveníamos, algunas veces, en desnudarnos de cintura arriba;

cogía él un lado, otro yo, y sobre las espaldas de ambos caía tal redoble de puñetazos, que el tamborcito se moría de envidia. De súbito, vibra la ondeante voz del campanario... tan... tan... están pensando!... y volvemos al interrumpido concierto.

V

Oíd, ésta es la historia del carbunclo, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico!

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incesante, los niños forman coro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal Tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

Ha viajado tanto la Tía Romana! Conoce La Estanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapán... el mundo entero! Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y

otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado “El pájaro del dulce encanto”, “El caballo de los siete colores”, “La Bella y la Fiera”, correrías de Partideño y de Pedro Cosme; mil cuentos y leyendas, que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

* * *

¡Oíd, ésta es la historia del carbunclo!

“El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día.

Lo que llama diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. ¡Porque el carbunclo es vivo! ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos!

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra a las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va,

se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas!

Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina—, sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima!

Y ya no se va. Al sacarlo del agua la casa parece que está ardiendo. Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada . . .

¡Cambia de color a cada instante! ya es una roja granada, ya un grande ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio . . . El carbun-

clo de todas luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma!...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella..."

* * *

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando con el carbunclo, con el ave de fuego, con el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...

VI

¡Adiós, hermosos días libres, juegos sin término, correrías hasta la noche! Enriquito ha cumplido cinco años; ya está tamaño, como dice su mamá; tiene que ir a la escuela.

La tabla para amarrar la cartilla, el bolsón, el tintero de zapatito, la regla, el catecismo, todo está listo. No hay manera de dilatarlo, y Enriquito, con su amigo Manuel, comienzan el *Todo fiel cristiano*, antes de conocer las letras, es claro!

El maestro es amable, quiere a los niños, les da frutas.

"Todo fiel cristiano, está muy obligado, a tener devoción..."

Enriquito tiene la memoria más sorprendente que se ha visto, y en dos días se sabe el *Todo fiel*, como si lo hubiera inventado. Eso sí, que no le pregunten letra por letra, porque se echa todo a perder. Luego viene el *Padrenuestro*, el *Ave María*, la *Salve*, y lo mismo: Enriquito los aprende en un santiamén; es un fenómeno, el pasmo de la escuela. En ocho días sabe decorar, y no conocía las letras cuando entró! Viene el escollo, el terrible *Quita-calzón*; pero Enriquito lo salva sin dificultad. ¡Prodigioso niño!

El maestro está contentísimo. Llega un día el Alcalde. ¿Quiere usted ver, señor Alcalde? ¡A ver, Enriquito, traiga su cartilla!

¡Viejo cazarro de Alcalde!

—Diga, niño, ¿cómo dice esta palabra?

Nada.

—¿Y esta letra?

Nada.

—¿Y esta sílaba?

Nada.

Total, que Enriquito no conoce una letra. Todo lo ha aprendido de memoria... ¡Imbécil Alcalde!

Entonces vienen los días negros: hay que deletrear; b, a, ba; c, a, ca; d, r, e, dre...; ¡el fastidio, la muerte! Un mes, y otro mes, y mientras, los otros muchachos aprenden eso con facilidad, y se ríen de Enriquito. ¡Prodigioso niño!

En cambio de esas penas, tuve muchos amigos: aprendí a jugar cera, en cotas y en pelotitas, adelanté como nadie en Aritmética, y daba terribles palmetazos cuando me tocaba corregir a los más grandes. Entre ellos, había dos muchachones rústicos, desvergonzados que se morían de risa cada vez que, empujado, y con el empuje de todo mi cuerpo, les descargaba la palmeta.

Los sábados y los días de feria, me llevaba a casa a cinco o a seis chiquitines, y tocábamos la música. Dimos de baja a Brabonel y a la Gallinona, por indisciplinados con grande regocijo del vecindario. No hay que decir que mi amigo Manuel tocaba siempre el clarinete, y que yo dirigía... con el tambor!

Ya veis, no todo es duro en la vida de escuela.

Otra cosa me hizo llevadera la esclavitud de las lecciones. El Padre Rosales me vio pasar un día con mi bolsón, y me gritó, desde el Convento: ¡Don Anrique! ¡don Anrique! aquí tengo algo para usted! Y me dio un precioso libro de versos, que tenía un retrato, un papel de china sobre éste, y una cintita verde

para señales. —Llévese su libro, don Anrique! llévese su libro! llévese su libro! llévese su libro!

En la escuela nadie tiene cosa semejante; así es que va de mano en mano, con toda reverencia, causando la admiración de todos: éste saca la lengua, viendo el retrato; otro elogia la cinta de seda; aquél toca con suavidad el papel de china.

Por mí, prefiero, el forro de papel caprichosamente vetado. ¡Buen Padre Rosales, qué dichoso me hicisteis!

Tres días después me sabía de memoria “El Pirata”, luego “El Reo de Muerte”, “El Mendigo”, y antes de dos meses, todas las poesías sueltas.

Siempre de memoria, eso sí!

VII

Gramática, aritmética, inglés, francés, geografía, fisiología, geometría, zoología, pedagogía, ía, ía, ía... ¡pobrecitos cerebros, pobres corazoncitos, mustios antes de tiempo! fragantes flores vivas, que el artificio transforma en flores de papel!

Nosotros, no: las cuatro reglas, medio leer, escribir hasta cierto punto, y algo de Doctrina. Para todo, cuatro horas diarias, y luego, a correr, a saltar, a coger mariposas, a preparar a los

árboles, a buscar las encendidas bayas de la *cebadía*, para hacer tinta roja; a la Laguna, a sacar los tabletones de yeso; a las areneras, a traer el grueso y duro arenón que ha de servir... ¡para arrodillarnos!

Los niños de hoy, que saben el *Reglamento*, y amenazan a los maestros con demandarles, no comprenderán esto. Apenas es creíble, en verdad. Pero así era: nosotros íbamos muy gozosos a buscar los granos de arena, que se hincaban luego en nuestras rodillas desnudas.

¡Tiempos rudos aquéllos! por la falta más leve, palmeta, látigo, las orejas de asno, repelones y tirones de orejas.

¿Y qué? Yo volviera gustoso a vivirlos, y aprendería otra vez el *Quita-calzón* y el *Todo fiel*, y extendería las manos a la palmeta (con dos cabellos en cruz, sobre la palma de la mano, para que se reviente la maldita), e iría a buscar los granos de arena.

Ya me desquitaría, yendo a los trapiches a chupar las melosas guarapas, a los maizales, por los rubios jilotes; a los desmontes, donde el *talnete* ofrece el doble tesoro de la miel y la cera.

Los niños de hoy saben, a los nueve años, que hay razas;

conocen el intestino grueso; que los animales se dividen en géneros y especies; que la sangre va del corazón a los pulmones, y los más detallados secretos de la digestión.

Y no digieren...

Para nosotros, el mundo está limitado por el Cerro, la Laguna y el Lempa. No se sabe a punto fijo si el Lempa es un río o un mar, pero está averiguado que es una inmensa sierpe de plata, que se envuelve todas las noches en una gran sábana de nieblas. Las flores son hijas del sol, beben rocío y se casan con las mariposas. Los animales se dividen en conejos que hacen mil diabluras a los coyotes; en bueyes, mansos, humildes, que ayudan a papá en sus trabajos; en perros, que cuidan la casa y juegan con los niños, y en potros que corretean por las sabanas y los llanos. La sangre es roja, y hierve como una llama en los infatigables cuerpecitos. Y en cuanto a la digestión... hum!... en cuanto a la digestión... jocotes, mangos verdes, guayabas, miel de colmena, cañas, uvas silvestres, naranjas, zunzapotes, anonas, guanábanas, caimitos, el diablo mismo en forma de fruta, será devorado y digerido si se presenta!

El mundo está gobernado por Dios, el Cura, el Alcalde y el Maestro. Esa bóveda azul que está encima del cerro, es el Cielo,

donde viven el Señor y la Virgen. Por las noches se nos recibe allí, nos dan confites, nos cuentan historias bonitas, y al día siguiente, cada uno refiere lo que vio en el Cielo.

Más allá del Lempa se ven llanos inmensos, montes, ríos, bosques! ¿Para qué sirve todo eso? ¡Para soñar! Cuando uno va a la Laguna, de allá, de lo alto de la Cuesta, se ve eso, y se sueña...

Allá es donde viven el pájaro del dulce encanto, el caballo de siete colores, el árbol que habla y las flores que vuelan... ¡Sí, yo volviera gustoso a recibir palmeta y látigo!

VIII

¿Palmeta y látigo? No siempre, caballeros, no siempre. Ahí viene Mayo gentil, que nos defiende; Mayo, príncipe de las rosas, que atersa las mejillas de las muchachas, timbra la flauta de los cenizontes, limpia las alas de los colibríes, y cierra la escuela a las dos de la tarde, que vale más que todo.

¡Bienvenido, amigo! bienvenido, y tráenos ahora una tarde alegre; vierte sobre el suelo tu regadera de diamantes, prepara la orquesta de tus pájaros, y juega con nosotros en el paseo triunfal de la Rosa del Cielo.

La campiña, inmensa alfombra verde moteada de campánulas, ondea al beso fragante de las brisas; corre el viento rizando los maizales, entre cuyas cimbreantes espigas saltan, se esconden, se deslizan, asoman y desaparecen mil pajaritos negros, grandes como una avispa.

En las hojosas ramas de los guarlos el clarinero lanza las hondas notas de su diana, y allá a lo lejos, responden los pericos con su asordadora fanfarria.

Baja el sol y nos vamos al campo, a buscar flores, para la *Entrada*, y allí, mientras unos hacen los ramilletes, otros se internan por el bosque, a sacar colmenas, y a beber los azucarados panales del chupa-miel.

¡Ya es tarde! ¡Corriendo, a dejar las flores, a coger las cañas!

Entretanto, de una mesita y unos cuantos bejucos, se forja el trono de la Virgen: una nube de cambrayes blanquísimos, tachonada de flores de la cruz y de amapolas.

¡Ya es tarde, ya es tarde!

Un cohete surca el aire, estalla en truenos, y anuncia el paseo triunfal de la Virgen.

La tarde está de gala: las flores, los pájaros, los celajes for-

man un concierto de purísimas notas. María, coronada de rosas blancas, flotantes las albas vestiduras, vuela sobre las nubes de cambrayes, en que las amapolas brillan como luceros.

*¡Venid, y vamos todos
Con flores a María;
Con flores a porfía,
Que madre nuestra es!*

Y los niños agitan sus cañas resonantes, empenachadas de verdes hojas y de argentadas flores.

*Venimos a ofrecerte
Flores del bajo suelo;
¡Con qué filial anhelo,
Señora, tú lo ves!*

Y otra vez canta el coro de las sonantes cañas y de las risas cristalinas, y las aladas notas tintinantes de las campanas revuelan por el viento, y el humo del incienso asciende en cándida espiral.

Verde y sonriente el campo, yergue sus espigas cimbradoras

y sus árboles florecidos, y el Sol, perdiéndose en el horizonte, vuela como una inmensa flor de púrpura.

IX

B, a, ba; b, e, be; b, i, bi. . .

Pasará el año, y yo sin saber deletrear. “¡Qué vergüenza!, dice mi madre, ¿qué hago yo con este muchacho, que se va a quedar burro? ¿Qué, no te da pena, zángano?”

—No mamá, no me da pena; lo que me da es un profundo tedio, la estúpida cartilla. Si no hay otra manera de aprender no aprendo.

Eso lo digo ahora, pero ya lo pensaba entonces.

—Vaya, hijito, ¿quieres que hagamos un trato?

—¿Qué, mamá?

—Apúrate, y sales de Cristóbal Colón.

—¿Y cómo es Colón, mamá?

—Colón es con espada, en un buque, y con plumas en el sombrero, y otras cosas muy bonitas.

No faltaban sino quince días para la fiesta. Me esforcé, vencí algunas dificultades del deletreo, e hice propósito de triunfar de la malvada cartilla.



Ahora, narremos nuestro Quinto Viaje.

La expedición compuesta de un solo barco, zarpó del Cabil-
do el día quince de septiembre, a las dos de la tarde, con gran-
de acompañamiento de pueblo y músicos. Tiraban del barco
cincuenta delfines o alguaciles que, tropezando a cada momento
en las mal empedradas calles, imprimían a la embarcación un
horroroso balanceo. Tripulantes, eran seis escolares vestidos de
rayadillo azul, todos armados de escopetas repartidos aquí y allá
y en actitud de cazadores en acecho, sobre cubierta, al pie del
palo mayor, se destacaba una linda indiecita que hacía de Amé-
rica. Más arriba, sobre una tablita adosada al mástil, iba don
Anrique, o sea el Almirante, todo luciente de papel dorado, con
plumas de guara en la cabeza; alta la espada en la mano izquier-
da; la derecha haciendo jarra sobre la cintura, y todo él medio
envuelto entre los pliegues de la bandera salvadoreña.

Consumado marino debió ser don Anrique, para no rodar
con su tablita a los tremendos cabeceos del buque.

Hacía de piloto el maestro Natividad, carpintero de hacha
y machete, constructor del buque y antiguo conocedor de aque-
llos empedrados mares.

¡Qué ser tan misterioso es el océano! Lo veis tranquilo, suave, risueño, juguetón, dulce como un niño, y súbito es un monstruo que se traga la tierra y se empina para devorar el firmamento. O bien, sin abandonar su sonrisa, echa al paso de la nave un escollo y os asesina como un villano.

Aún no se sabe cómo fue aquel naufragio. Habíamos navegado sin peligro notable como una hora; cerca estaba el fin de nuestro viaje; nos aproximábamos otra vez al Cabildo, después de circundar la población, y ya el Almirante preparaba la narración de sus descubrimientos ante el Alcalde, cuando se oyó un tremendo crujido. Los marineros, que piensan habérselas con un monstruo marino, echan manos a sus escopetas; el maestro Natividad se arroja por la popa; el timón queda abandonado, y el barco va a chocar contra una cerca de piedra. La india se descolgó lo mejor que pudo, se echó en brazos de un delfín, y tomó carrera para su casa.

Y Colón? Inmóvil, como petrificado, con la espada en alto, semi-envuelto entre los pliegues de la bandera, dispuesto a perecer con su buque!

Han escrito sus enemigos, que tuvo miedo, que perdió la serenidad; que su deber era bajar de la tablita envainar la espa-

da, y correr al timón. Sin tomar en cuenta el arrojo y la pericia mostrados en sus viajes anteriores, le han calumniado vilmente.

Pues bien, sepan los villanos, que la extraña conducta del Almirante fue impuesta por las circunstancias. Al ruido del choque, quiso bajar, volar al timón, y socorrer a la asustada América. Pero ¡ay! el pobre don Anrique estaba amarrado al mástil, por la cintura, y amarrado también por el brazo en que llevaba la espada. Así se abra un abismo, el infeliz no podía moverse!...

X

—No mamá, no mamá! Yo cartilla? Mejor máteme! Come-ré zacate, póngame orejas, pero no voy a la escuela!

Y no fue. Enriquito le ha cogido horror al Quita-Calzón, al Todo fiel y a las *Beabas*; se imagina que ellos tienen la culpa de su naufragio, y tiembla al pensar que pueden embarcarlo otra vez.

Luego, ahí está el Padre Rosales, que le grita desde que le ve asomar a lo lejos: ¡no se embarque! don Anrique! ¡no se embarque! ¡no se embarque! ¡no se embarque! ¡no se embarque!... Ya el Almirante ha doblado la esquina, y todavía no

le deja el ¡no se embarque!, que va decreciendo como un rumor lejano.

No, se embarcará; lo que significa que no cogerá la cartilla por nada de este mundo.

Pero como Enriquito “no se debe quedar burro”, la mamá dispone convencerle a latigazos, y el chilillo va y viene durante muchos días por las espaldas del pobre niño.

¡Con cartilla noo! con cartilla noo! —grita el infeliz. —Que me den silabario, o el libro de versos; pero cartilla no, nooó, nooó, nooó!

Consultado el maestro, sobre si se podrá estudiar silabario sin pasar la cartilla, dice que es un absurdo; que antes dejaría su empleo que consentir en barbaridad semejante.

Bien dicho: lo mismo que diría hoy un gramático, si le hablaran de escritores que no han estudiado sintaxis.

Y sin embargo, hay cenizontes que no aprendieron el solfeo, y anda por ahí un pavón, con una aurora boreal en la cola, que no se ha dignado estudiar la teoría de los colores, y las rosas soberbias que están reinando en mi jarrón chinesco, se mueren de risa si les hablo de los señores *Rigaud y Cía.* —*perfumistas*— *París, rue Vivienne...*

Así, pues, el testarudo de Enriquito aprendió a leer sin pasar la cartilla. Ello sí, le ha costado sus buenas azotainas; pero, ¿qué es lo que no cuesta en esta vida? Y luego, la madre se cansa de pegarle, y entre Enriquito burro y Enriquito desollado, escoge Enriquito burro.

Además, interviene la abuelita: “No quiere que le peguen más a su muchachito; derrepente se muere, y entonces serán los remordimientos. Ni es uno más feliz en la vida, porque sepa leer. No, no consiente que le peguen más”.

¡Sea enhorabuena, don Anrique! eso es lo que buscaba Ud.: no ir más a la escuela, no dar lecciones, y pasarse los días enteros al sol, en la calle jugando papalote, o en el solar haciendo casitas, y atracándose de hojas de jocote con sal. Sea enhorabuena!

Ahora, puesto que las *beabas* se han ido para siempre, veamos de ocupar nuestro tiempo con provecho y orden: Noviembre, papalotes; diciembre, los Nacimientos; enero, fiestas de los Reyes, y hermosas noches de luna para contar cuentos; febrero, los trompos; marzo, jugar cera; abril, salir de apóstol o de judío, y tirar comida de pava y flor de coyol en las procesiones;

mayo, las flechas, fiestas de la Cruz y, las moliendas. Quedan junio, julio, agosto, septiembre y octubre, meses lluviosos y aburridos; pero los invertiremos en comer frutas, en chapotear bajo los aguaceros, en baquetear el tamborcito, y en algo más que se nos ocurra.

El plan se cumplirá al pie de la letra. No faltan, es verdad, algunos nubarrones que oscurecen de tarde en tarde tan sereno cielo; alguna granizada de repelones o alguna lluvia de azotes, a los cuales Enriquito responde siempre: ¡cartilla no! ¡cartilla no! ¡por eso se quebró la lancha!

XI

¡Papalotes! . . .

Va un año que arrinconé la pluma, esperando que mi corazón se rejuveneciera para escribir esta parte de mis *Niñerías*.

Ahora sé que espero en vano. No, jamás, nunca más volverá el alma a ser niña! Jamás mi fantasía hallará otra vez el revolver del colibrí, el errante vaivén de las nubes, las carreras locas de las hojas con que noviembre juega . . .

Amigos, he sufrido mucho! todas las perlas de la mente se fueron en artículos sobre la *libertad*; los rubíes se los tragó la

democracia; tal cual zafiro de honda luz, se transformó en un ganso que se llamó la *situación*, o la *Verdad en su lugar*. Hice crónicas, hice gacetillas, reñí polémicas; peroré, ¡horror! en los clubs, entre los tamales humeantes de entusiasmo, y entre los ¡vivas! enronquecidos por el aguardiente.

¡Oh, Dios! Así, qué plumaje no se desgarró y mancha...

Amigos, he matado mis pájaros; los que viven tienen rotas las alas, y apenas si con pesado vuelo rastrean las divinas hue-llas de la belleza.

* * *

Decís, doctor, que pertenecen al género de las *papalotáceas*?
Muy bien... pero vuelan!

Y si no cantan, es porque el niño es un pájaro mudo. (A menos que nuestro oído sea capaz de ahondar en la armonía divina de sus risas locas).

Y como el papalote es un pensamiento de niño...

Al parecer, no es más que una hoja de papel, asida a una hebra de hilo, y con una larga cola de trapo. Así parece; mas cuando el viento resonante de noviembre canta en las frondas y vuela por el cielo las polvaredas de zafiro, y vaga el sol como

una flor de plata y las hojas cuchichean corriendo por el suelo, entonces, para la honda visión del niño surge de la verdad, y es una blanca garza, prendida al hilo de oro de una araña, que azota el aire con la estela de un astro! . . .

Este es el mensajero de los niños.

De allá arriba descubre dónde charlan los pájaros, ve lo que hacen las flores, oye lo que cantan los céfiros. A través de la cuerda corren las palpitaciones y los ensueños de los niños, y él los lleva a las brisas, a los pájaros y a las flores.

¿Oís . . . ese zumbido es su palabra. Qué dice?

Dice: pájaro, mi cabellera es un plumaje, mi charla es un canto, mis saltos y mis fugas son ensayos de vuelo! Por qué huyes de mí? . . .

Rosa, mis labios son pétalos, mi aliento es aroma, mis ojos brillan como el ala de las mariposas! Por qué no me quieres?...

Céfiro, yo tengo tus vaivenes; como tú, penetro en las frondas, y me asomo a los nidos, y me baño en las linfas, corro por entre los maizales! Por qué no me llevas? . . .

¡Vuelva, vuelva, vuelva, oh mensajero de mis ansias! . . .

Y el papalote rompe entonces su cuerda, y se va errante por los aires, como una blanca garza . . .

* * *

Sí, yo he fabricado en mis buenos tiempos ese juguete prodigioso, y aun tengo mis pretensiones de haber sido un verdadero sabio en la materia.

Yo *volé*, desde la pluma de *jolote*, hasta la *estrella*; desde la modesta *cuartilla*, hecha de una plana mal escrita, hasta la *luna* poderosa, que apaga con su sonora voz a los más grandes barriletes.

Volé... y ya no vuelo!

Y esta es la historia de todos! Y “de aquí sale un cuento”, como diría Shakespeare...

XII

Noviembre es el divino mes del Trópico; el heraldo feliz que trae buenas nuevas; el que abre la puerta de oro por donde llegan los más risueños días.

Ahora, con los papalotes, trae los afanosos preparativos de los Nacimientos.

Para esto, don Anrique! No sabe tanto que pueda infundir vida a los muñecos de trapo; pero, en cambio, ¡qué prodigioso

arquitecto! Que le den a armar el cabildo, la iglesia, el convento, la cárcel, todos los edificios públicos, o sean otras tantas cajas de cartón, e irán brotando, artísticamente recortadas, de sus hábiles manos.

Y la pintura? Si no falta en el monte la yuquilla, ni el achiote en la cocina, ni tinta negra en el tintero, él responde de todo.

Un Miguel Angel, este don Anrique!

Verdad que, en ocasiones, no distinguen bien los visitantes, entre la Iglesia y el Cabildo; cierto que, a veces, hay quienes toman el púlpito por una troje de maíz. Pero cuándo supo el vulgo de bellas artes? Yo, que represento la posteridad, hago justicia a don Anrique, y declaro que fue siempre un consumado artista.

XIII

Nuestros Nacimientos eran, sobre poco más o menos, iguales todos los años. El Paraíso, la Laguna, la Iglesia, un borracho en el cepo, la Escuela, la Plaza, el Mar, la patrulla, el pesebre de Nazareth, etc., etc.

En el Edén, bajo un árbol de escaso follaje, se ve a la Ser-

piente, de trapo blanco, con manchones de tinta negra, almibarada y maliciosa, mostrando con los ojos una especie de mata-sano o manzana. Luego Eva, echándole mano distraídamente, y en seguida el bueno de Adán, con su cara de Juez de Paz, que accede por no tener ningún disgusto en casa.

Tras del árbol, medio escondido entre el ramaje, el Señor, adusto, con una fingida severidad que parece decir: ¡Ah pícaros, ya los cogí!

Por allí cerca vaga cada tigre y cada pantera, más grandes, que el árbol prohibido, revelando en su andar bonachón, que todavía no han recibido la orden de comerse a las personas.

El tablado o envarillado si gustáis, no da mucho espacio; por manera que apenas si hay distancia entre la escena del Paraíso y la del portal de Nazareth. Aquí, alumbrado por tamaña estrella de papel dorado, surge el grupo de la mula y el buey; un mulón, capaz de llevar a Fierabrás, y un buey, grande como toro de Gualcho, que ya, ya, fracasan al pobrecito Enmanuel, tiritando de frío en un retazo de *género de familia*. La Virgen, de camisa escotada, más seria que un centinela, con los brazos en jarra, y al otro lado San José, luciendo su calzón de *reforma*, su camisa vicentina con vivos morados, y su sombrero de vicuña,

todavía arrugado por los doce meses de reclusión que pasó en el baúl. Tras del buey y la mula, los pastores; tras de los pastores, los tres Reyes, encabezados por Melchor, negro como el hollín, y caballeros en briosos caballos, puesto que no se encontraron dromedarios; tras de los Reyes, la patrulla conduciendo a un borracho, y tras de ésta un reluciente general, mandando al ejercicio a doce muñequitos de manta-dril azul.

Falta espacio, y las cosas no pueden quedarse sin lucir. Así, por un prodigio de arquitectura, se ha colocado encima del Portal, el mar, hecho del espejo más grande que había en casa, transparente y tranquilo, surcado por barquitas de papel blanco, y por garzas más grandes que las barcas. Y yo no sé cómo diablos ha sucedido, ello es que un sastre, el famoso sastre que vino de la feria de San Miguel, se ha instalado con su taller a orillas del océano, donde, por más que rujan tempestades y bramen huracanes, se está día y noche “con el dedal y la aguja, con la aguja y el dedal”.

¡Un sastre que mueve la cabeza! ya comprendéis que antes dejaríamos de poner al Niño, y que si hay urgencia, lo instalamos sobre el árbol del Paraíso.

Este sastre, con el militar colorado, una tortuga de movi-

miento, un gato que hacía *miau*, y un barquecito que rodaba él solo sobre el espejo, digo, sobre el mar, eran los *verdaderos motivos* de poner en casa Nacimiento. De tal manera que los espectadores, acostumbrados a verlos año con año en los puestos de honor, les buscaban ansiosos, apenas se descubría el Portal.

—¿Dónde han puesto la tortuga?

—Qué ¡no es aquella que anda encima de la Iglesia?

—Y el sastre?

—Miren! ahí está en la orilla del mar.

—Y el gato? dónde está el gato?

—Ve, se ha trepado en el Volcán que está detrás del Paraíso!

El Niño, toda la vida muy lindo; la Virgen, no se diga! pero no hay como la tortuga!

XIV

Se abrió el Nacimiento, velamos la noche de la misa, oímos los vozarrones de los pastores, que van de portal en portal, canturreando sus *¡Pastores, pastores, vamos a Belén! . . .*; comimos *una que otra fruta*, que encontramos mal puesta, y esperamos

con la más desapoderada impaciencia, que llegara el día de los Reyes.

Verán ustedes:

Tres o cuatro meses antes, había llegado al pueblo una familia italiana: un Capitán de mar, con su mujer y dos chacalines; gente de buen tallo, ricos al parecer, y no incultos. Venían de Roma, según dijeron, y la señora había insinuado, así como quien no dice nada, que en su tierra, el día de Reyes, a las doce en punto de la noche, por el camino de Santiago (Vía Láctea) se veían pasar los tres monarcas, con sus numerosas y regias comitivas. “El Negro, va delante; cada uno lleva tres camellos, un elefante, y una infinidad de caballos; la estrella, siempre guiándoles”.

Todos los detalles.

De modo que las comadres del pueblo, se decían: ¡pues vos, no hay duda que son los tres Reyes!

Rodó la bola; fueron donde la *madama* (en mi lugar toda extranjera es la *madama*), preguntáronle categóricamente, y la *madama* respondió que sí, que era cosa vieja, y que le extrañaba que entre nosotros no sucediera lo mismo.

Y comenzaron las comadres:

—Vos, ¡a saber si se verá también aquí!

—¡De verás, vos!

—Si veláramos, vos!

—Pues no habíamos de velar, vos!

Una beata, de cuyo nombre me acuerdo aunque no quiera, y también de su cara, más arrugada que una pata de gallo, dijo, consultada que fue, que el Gran Poder de Dios era muy poderoso, y que llevando el escapulario tal, y rezando todas las noches la oración cual, y haciendo la novena de Santa Rita, no había duda sino que el Señor nos haría la gracia, etc., etc.

El señor Cura agregó, que no estando en pecado mortal, pagando un regular número de misas, y dando la mayor suma de limosnas al templo, la cosa era más que probable. . .

Aprobado por la primera beata del pueblo, confirmado por el señor Cura, y sobre todo, prometido por la *madama*, claro es que no quedó vecino que no aguardara ansioso el paso de los Magos.

Llegóse, pues, el día, fue cosa de ver a un pueblo entero, boquiabierto, escudriñando, desde el anochecer, todos los puntos del horizonte.

La madama, para quien la cuestión ya no tenía gracia —tanto la había visto!—, no salió de su casa, sino que durmió desde temprano. Pero nosotros, toda la noche por calles y solares, devoramos con los ojos el firmamento, escudriñando los últimos rincones de la Vía Láctea.

¿Y pasaron los reyes?

¡Vaya! mejor que reyes!

Pasaron globos de fuego, que parecían incendiar el Ether transparente; enormes diamantes, irradiando flechas irisadas; grandes y apacibles luceros de plata, a través de cuyos nimbos se entreveían los ojos nacarados de los querubes; diáfanos topacios que subían perezosamente al zenit, y de allí se dejaban caer con balanceos de paracaídas; flores de amatista, rosas de ópalo, llamas de esmeralda, bogando suavemente en el ancho río de oro de la Vía Láctea!

La reina, pasó también; se alzó tras de los montes, húmeda todavía de su baño en las marinas ondas; ascendió lentamente, y tendió por todo el firmamento la cauda de su argentada cabellera. Subió, subió más y más, hasta su trono, alzado en la mitad del cielo, y con la frente coronada de estrellas, y envuelta en su manto bordado de zafiros, descendió con vuelo de cisne,

entre el coro triunfal de los astros, no sin enviarnos antes un beso de luz que acarició la frente de los niños. . .

De la beata no; ni de las viejas maliciosas, que se anquilosaron la nuca en busca de los dromedarios. A ésas que las bese la madama!

Hermanos míos, dijo el Cura, la gracia del Señor no ha querido premiar nuestros deseos, sin duda porque no lo merecemos. Es preciso dar limosna, mucha limosna; el templo tiene muchos gastos!

La beata se puso furiosa, y juró no tener *más cuentos* con Santa Rita.

La madama dijo, ingenuamente, que el cielo de Italia era muy puro, y que tal vez por eso, sólo en Roma se veía bien.

Así será, señora, replicó un cipote, porque yo me estuve hasta las cuarenta, y no vi nada!

XV

No vinieron los Magos, pero vino la guerra, la triste guerra que terminó en Pasaquina con un desastre. La escuela no se abrió, las madres se dieron a la inquietud más honda, por los hijos grandes, y los pequeños satisfacimos dos elevadas y cons-

tantes aspiraciones: no ir a la escuela, y pasar el día en la calle. La cual, por supuesto, se convirtió en campo de batalla, donde los generales éramos los muchachos; los soldados, una infinidad de huesecitos, y los cañones, largas y descarnadas canillas, que abrían enormes brechas en las filas.

Aconteció que siendo el cañón arma única, un canillazo Krupp se llevaba por tierra filas enteras de huesecitos, sin que lograran escapar los más valientes. Así fue, que discurrimos dispersar las tropas, y aun encargarle a cada uno, que aprovechara todos los recursos del terreno. Apoyados en una piedra, defendidos por una zanja o cubiertos por un bosque de . . . escobilla, cada soldadito se hizo digno de figurar entre los setecientos mil valientes de El Salvador, y se dieron reñidos Waterloos y Léipzigs, que sólo aguardan un historiador para asombrar al mundo con sus recuerdos. Y así fue como se inventó el Orden Abierto, que tan grandes modificaciones ha introducido en el arte de la guerra.

Alternábamos los combates con partidas de *peregrina*, en la cual don Anrique era consumado Maestro. La *peregrina clásica* se compone de “caja, orejas de caja, ojos, pechito, tres arcos, cajita, orejas de cajita, picacho, y mundo abierto, o cerrado, a

discreción”. Sobre *cajita*, puede desarrollarse el mismo plan con que se comenzó, y entonces resulta la peregrina doble, en las cuales se prueban las almas, o los pies de gran temple.

La historia no tiene pudores ni modestias. Y como hablo aquí como historiador, he de contar que en ese juego no conocí rivales: no pisé jamás las rayas de los más angostos arcos; sacaba siempre el tejo de *uno de mundo*, y no fui jamás, a *descanso*. El *caracol*, la *semana* y otros diversos géneros me fueron familiares y en tan nobles ejercicios adquirí aquel vigor, aquella firmeza, aquella actividad, que más tarde, en las difíciles labores del colegio, me permitieron romper en *veintinueve días*, un par de zapatos de búfalo, con punteras de bronce, tacones herrados, y suelas guarnecidas por dobles hileras de tornillos.

XVI

Por aquel tiempo —1876— sucedió la célebre aventura del Izote, y que no fue otra cosa sino dar al viejo y perezoso árbol una azotaina nunca vista, hasta dejarle medio descortezado, y colgarle además, grandes piedras en las ramas; con lo cual, a la siguiente primavera, el rebelde Izote nos regaló con blancas y succulentas flores.

¡Ah, buen viejo, no sabías lo que te esperaba! Al trabajo, amigo, a dar flores; ya basta de puñales y de espadas, aunque parezcan de esmeralda. Ha pasado el tiempo, amigo, en que los sables daban la ley al mundo.

Sables, muy bien; mas guárdelos usted para cuidar las urnas de alabastro de sus ramilletes. Vea usted al *quilite*, y aprenda. ¿No da él esos preciosos yataganes de coral, buenos para colgar al cinto de los gnomos? Sablecitos tersos, tallados con rubíes, no son para el ocio ni la revuelta; son para resguardo de los jugosos cogollos; y ellos mismos, cuando verdes traen la paz, el sueño *que es la sal de la vida*, según el viejo Shakespeare.

Sables, cómo no! mas si les recortamos la puntita, se tornarán gargantas de pitorreal, que harán la gloria de los niños.

Aprenda usted, amigo! Sable que trae el orden, y da fianza por la bondad, y abre el cauce a la corriente de la justicia! Y si no, yo le daré azotes y grandes piedras en las ramas.

El buen Izote entró en miedo, y vinieron en la primavera los albos ramilletes de urnas alabastrinas. . .

XVII

Para instruirse, los viajes. A don Anrique que ha ido de

progreso en progreso, no le falta sino ver mundo, conocer nuevas gentes y aprovecharse de tantas cosas que los viajes enseñan. Don Enrique irá a Jucuapa, donde unos parientes acomodados cuidarán de sus adelantos.

Hechos los preparativos salimos... es decir, salió Juan Mejía, criado de casa, caballero en una mula, llevándome por delante como una maletita.

Andar, y andar, y andar, llegamos a un llano grande, grande, grande, donde se habían reunido todos los pajaritos para saludar a don Enrique, con quien entablaron la charla más divina.

Uno contó que tenía su nido colgado de una espiga de arroz; otro dijo que de la copa de un árbol donde estaba su casa, se divisaba todo el Llano —un mar de olas verdes—; otro refirió su casamiento con una flor de la montaña vecina; éste ensayó una canturria nueva, de su invención, que pensaba estrenar a grande orquesta a la aurora siguiente.

Don Enrique, por no ser menos, narró algunas de sus aventuras, entre ellas la del Descubrimiento de América, aunque tuvo cuidado de cambiar el final de la expedición.

Después, los viajeros subieron y bajaron, una y otra vez, in-

menosos cerros; cruzaron por entre espesos bosques, donde crece *el árbol que de verde nace y de seco se pudre*; descendieron a las hondas quebradas, donde habita la culebra *Chin chin torr*, que canta tres veces antes de morder; atravesaron las intrincadas selvas donde se oculta el *cipitillo*, o duende que come ceniza; pasaron las sabanas donde alza su ancha copa el *árbol de los botones*, cuya fruta enmudece a los niños que preguntan mucho. . .

Andar, y andar, y andar. . . don Anrique se durmió, quebrantado por aquel viaje tan largo y fatigoso, y hasta la mañana siguiente no supo que había llegado al término de su camino, después de recorrer una distancia total de cuatro leguas.

XVIII

No soy yo como esos viajeros de mi tierra, que van a París a escuchar organillos y a recrearse en los café-cantantes, ni de los que llevan vestido nuevo para ir a lucirlo en los bulevares. Yo salí por instruirme, y bien sabe Dios si estudié a fondo cuanto mis ojos vieron de notable en aquel curioso país.

Por aquellos días acababa de introducirse en Jucuapa el juego de las bolitas; esas de mármol o de cristal, ahora tan vulgares, y que eran entonces la más extraña novedad.

Sólo que, siendo exclusivamente caras —dos por medio real—, hubo que acudir a las imitaciones: los industriales del país las fabricaban de piedra pómez o de ladrillo, al salir de la escuela; y si no eran bonitas, sí llenaban las necesidades del consumo.

Díme, pues, a estudiar con ahinco ese importante juego, y aprendí lo suficiente para implantarlo entre mis paisanos, según más tarde he de contar.

Otras mil cosas aprendí, pero no quiero mencionar sino la más interesante: Había colegio en Jucuapa, frecuentado por muchos cipotes, y allá me llevaron a las horas de recreo, a disfrutar de un grande patio, sombreado de cocoteros, donde, a ratos perdidos, estudié y llegué a dominar el francés como si fuera mi propio idioma.

No sé yo cómo lo hablaría el profesor —un provinciano que lo aprendió en Vingut—, ni he aquilatado las ligeras modificaciones que sufriría yendo de aquél a los discípulos. Ello es que de Vingut al catedrático, de éste a los muchachos y de los muchachos a mí, el pobre idioma no dejaba de padecer alguna cosa. Así, por ejemplo, *dichosos los ojos que ven a usted*, se decía “*vu devé nerar con le bon yur*”. Pero como en achaques de pro-

nunciación no se puede ser muy exigente, el francés marchaba, y todos nos entendíamos que daba gusto!

Andando los años, fui yo a un colegio, y no de provincia; estudié el Simonne y su Clave, saqué fallas alguna vez; el primer premio en el reparto de los tales; sobresalientes en mi examen; . . . y la primera vez que tuve necesidad del gabacho, así me entendieron como si dijera *vu devé nerar con le bon yur*. Quise luego leer una novela francesa, y nada: *vu devé nerar* . . . y si no hago el esfuerzo de traducir a punta de diccionario durante más de siete años, aquí estaría aún con *vu devé nerar* . . .

Tanto progresamos, que sin duda en nuestros colegios de ahora se estudiarán los idiomas prácticamente, a modo de utilizarlos siquiera en las urgentes ocasiones. Pero yo soy un poco desconfiado, y cuando veo a los jóvenes con su *Método* debajo del brazo, me río para mis adentros, y me digo: hum, hum! . . . si estará ése estudiando el *vu devé nerar* . . .

XIX

Cada uno es cada uno. Si los caballeritos aquellos saben jugar bolitas y hablar en lenguas, don Anrique sabe leer versos con arte nunca visto, con entonación maravillosa, con tal pene-

tración de sentido, que las estrofas parecen ya trozos de mármol o himnos de las aves. A la prueba: ¡venga aquí don José de Espronceda, el libro aquel de cintita verde y retrato encubierto bajo papel de china; hagan la rueda, y oigan!

*“Toledo, que de mágicos jardines
Cercada eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva...”*

¡Así se lee, dicen los oyentes, así se lee!

*“De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fui;
Y se evitan de odiarse a sí mismos
Fulminando sus odios en mí”.*

¡Así se lee! Muy bien, Anrquito! Así se lee!

—Ya lo ves, burro? que no pasás del *quita-calzón!*

—Ay, señora Leandra! lo mismo que este otro zoquete, que tiene años de estar en la escuela, y nada.

—Comadre, también tienen la culpa estos maestros, que nada enseñan!

Un triunfo. Y no pasa ocasión ni se ofrece tertulia, donde don Anrique no haga la envidia de los muchachos, leyendo en el libro de la cinta verde.

Soy viejo ya; Dios me pedirá cuentas cualquier día, y no quiero presentármele cargado de mentiras: así sabía yo leer entonces, como hacerme ahora millonario, y lo que para mí significaban las frases de mis trozos predilectos, no era más de lo que ahora se me alcanza del griego. Memoria, y nada más. Sabía, por la figura, dónde estaban *mis* composiciones, y como nadie me preguntaba letra por letra, o palabra por palabra, ¡aquí estaba yo, llevándome a remo! que a Zorrilla y a Legouvé, por mi maravillosa manera de leer!

Sí, amiguitos, jugadores de bolas! donde las dan las toman; yo también sabía *devé nerar con le bon yur* . . .

XX

Bien entrado el año, regresé a mi país, rico de fama y ciencia, con más gola que un gallo, y haciendo la rueda. ¡Pues ahí es nada, un niño que sabe hablar francés!

A la noticia de mi regreso, corrieron los muchachos y las viejas del pueblo, y les soltaba yo cada *vu devé nerar*, que les dejaba boquiabiertos. Vino luego lo más importante, que fue darles a mis amigos, con todo el énfasis del caso, noticia menuda del juego de las bolitas. —Esas tenemos? pues no se habla más del francés ni de tonteras, que lo que interesa son las chibolas!

Desde entonces mi casa se inundó de muchachos, y cuanta sustancia amasable se encontró a mano, vino a rodar, con pretensiones de forma esférica, desde el ladrillo y la piedra pómez hasta la cera negra y la brea.

Adelantaban los muchachos en aquel arte y en aquella industria; disfrutaba yo de la más legítima gloria, siendo su director y maestro, y sumisos atendían ellos todas mis indicaciones sobre tan difícil y complicada ciencia.

No faltó quien observara que el juego aquel nunca se acababa de aprender; que tenía mil reglas y diez mil excepciones, y que, gracias a mi vasta ciencia, nadie me ganaría jamás. Siempre citaba yo un inciso, *en virtud del cual, en este caso*, me pertenecían las chibolas. Con esto fue enfriándose el entusiasmo, yendo a menos mi influencia, y acabó el diablo de llevárselo

todo, por un maldito *achín* que desembarcó cuando menos se esperaba, con un cargamento de bolitas de mármol y de vidrio. El pícaro del hombre no sólo vendió a bajo precio, sino que enseñó otro método de jugar, fácil, claro y breve, sin enredos ni embrollos.

¡Adiós, pues, coronas de la gloria! No queda sino el *vu devé nerar*, de que los muchachos hacen la más risible caricatura, por más que responda yo a sus muecas con el tremendo insulto de sacarles la lengua.

Gracias que ahí viene el Invierno: las bolitas cederán su puesto a las flechas, a los barcos, a los violines de cañas de maíz; se olvidará todo, y don Anrique volverá a ser el buen muchacho de antes, querido de sus compañeros.

XXI

¿El triste, el crudo invierno, decís?

Vaya! Triste, para los pobres viejos cuyos miembros entumecidos piden el sol. Para mí también que veo en la niebla la imagen de lo que llevo aquí dentro. Triste, sí, para vosotros, los que escondéis en el corazón el cadáver del pajarito ensueño.

¡El hondo cielo azul en que no se halla la más pequeña

nube! El aire cálido que hace vibrar los nervios y puebla la mente de visiones! El espléndido sol a cuya ardorosa caricia se abren las flores, y las yemas revientan, y la sangre palpita, y brota de las sedañas gargantas la armonía, y se enciende en todos los pechos la llama del amor! La vida desbordándose en la naturaleza!... los sueños desbordándose en el alma...

¡Ah pobres viejos! todo eso ha pasado para no volver nunca!...

* * *

¿El triste, el crudo invierno? Preguntad a los niños a ver si hacen caso del beso helado de la brisa, ni de los alfilerazos de la llovizna, ni de la monotonía de la niebla.

El buen anciano *Invierno*, gasta con ellos muchos cumplimientos. Gracias a él, abundan las ocasiones de no ir a la escuela.

—No vine, señor, porque estaba lloviendo...

Y si supiera el maestro, que a esa hora, precisamente cuando la lluvia caía a mares, andaba el arrapiezo, desnudo y sin zapatos, haciendo cabriolas en el patio de la casa? Estaba lloviendo, ¿cómo había de ir?

—¿Mamá, me voy a la escuela?

—Hijito, así con esta lluvia!

—Pero, mamá! y si me castigan?

Y se va el muchacho, y la madre se queda haciendo lástimas de su hijo que, por no faltar, se expone a la lluvia, y al lodo, y al frío!

No tenga usted pena, señora. Si el día estuviera cálido y luminoso, sí sería digno de lástima, porque... habría escuela!

Ahora no. Se mojará mucho, es cierto; irá en medio de la corriente, chapoteando, es verdad; quizá se llene de lodo hasta las orejas; pero qué quiere usted? es invierno, y por otra parte todo eso está *previsto*. Además, *se sabe*, entiende usted? *se sabe* positivamente que el *maistro* tiene un catarro de mil diablos, y por consiguiente...

Si usted desea saber lo demás, lléguese a la escuela y mire aquella pandilla de diablitos mojados hasta los huesos, saltando por sobre los charcos, construyendo diques, zangoloteando la cabeza para no sentir tanto frío en la boca repleta de granizos; cubriendo la corriente con numerosa escuadra de buquecitos.

Ah! cuando usted vuelva a casa, tenga cuidado de hojear el silabario y los cuadernos de escritura, a ver si averiguamos

de dónde han salido los materiales con que se fabricaron aquellos gentiles barquichuelos, que usted admiró balanceándose sobre las aguas impetuosas.

¡Cuidado con castigar al niño, ¿estamos? No es tan caro el papel, para que el pobrecito se prive de botar al agua cada día una docena de buques. Cuando se acaben los cuadernos ya veremos de dónde sacamos la materia prima. Es muy fácil: no hay más que coger un pedazo de calabaza bien seca, ovalarlo con el cortaplumas, y abrirle tres agujeros en la línea central. Ahora, de carrizo, de caña brava, de cualquier cosa se labran tres palitos, que serán los mástiles, y en cada uno de ellos se amarra una banderilla azul o roja. Y ahí tiene usted un buque insubmersible, capaz de echar a pique toda la marina británica!

Si yo fuera usted, señora, premiaría a ese pequeño marino con una lluvia de besos. . .

¿Que se moja, que se enloda, que echa a perder los zapatos? Déjele usted, está en su derecho.

Y no me venga a mí con historias, que bien me acuerdo de cuando andaba usted descalza y con un simple camisolín, pasando revista a todos los charcos de la calle.

Mañana ¡oh Dios! mañana el niño será hombre, y tendrá

el corazón lacerado, y no hallará más placer que el que le traigan los recuerdos de su niñez... cuando él hacía barquichuelos, y recogía granizos, y atravesaba las crecientes con sus piececitos desnudos...

* * *

La lluvia ha cesado.

Brillan las hojas como si estuvieran cuajadas de diminutos diamantes. El verde colibrí, semejante a una esmeralda que vuela, va de mata en mata, buscando las flores preñadas de néctar. En los sotos se oye el rro rro de los conejos que cortan la grama húmeda y fresca. Entre los matorrales se ven pasar a la carrera las ariscas perdices, que lanzan a intervalos su ronco y gemebundo silbido. En el bosque lejano, el pito-real deja oír su sonante y límpido grito que contrasta con la plañidera voz de la perdiz, mientras que las bandas de tucanos hien den el aire con sus alas de fuego, y los clarineros entonan sus vibrantes dianas y los torditos de ojos encendidos celebran danzando la fiesta del amor.

También los niños toman parte en ese concierto de luz y de armonía. Se van al campo. De los torcidos vástagos del *chupa-*

miel, preparan los arcos; ahí cerca están los espesos cañaverales, ofreciendo para las flechas sus varas tersas y lucientes, que terminan en penachos de plata.

Listas las armas, a cazar, a correr por la campiña, a dar volteretas sobre la grama, a buscar las colmenas de *molongotes* y la cera de los *talnetes* . . .

* * *

Ya veis cómo el invierno no es triste.

De la niebla, y del frío, y del granizo de todas sus inclemencias saca el buen anciano placeres para sus chiquitines.

Ay! para vosotros, pobres viejos que lleváis la niebla en la cabeza . . . para mí que la llevo en el corazón, todo eso ha pasado para no volver nunca! . . .

XXII

Una mala noticia, mis amigos: la guerra pasó ya, y tendremos escuela.

Y fue así: con un maestro nuevo, un pobre hombre a quien le llamábamos Chico Pino; viejo, con una cara apergaminada, que parecía siempre como que iba a llorar.

A mí me hizo *decurión*. Por cierto que lo pasé grandemente, porque en mi decuria había los muchachos más imbéciles del lugar, incapaces de aprender jamás una lección. Tenía su suerte en mis manos, y en vez de que el maestro los azotara mañana y tarde, pensamos que sería mejor traerme ellos alguna golosina —*tarde y mañana*—, y yo dar cuenta de que aprendían pasmosamente *mañana y tarde*. Aquella solidaridad me produjo, durante varios meses, exquisitas anonas blancas y excelentes tamales de elote.

A pesar de su cara de piel curtida, Chico Pino era mejor maestro que los anteriores, salvo Julio Colato, quien dejó eterna memoria entre los niños, porque jamás les castigaba y porque jamás les enseñaba!

Pues hallábase Chico Pino en lo más tranquilo de su vida, cuando nos aturdió la noticia de que llegaba para nuestra escuela nada menos que un normalista!

Nadie sabía a punto fijo de qué se trataba; no lo sospechaba ni el primer decurión, un sabio que podía preparar el yeso, dividir por tres cifras y escribir con falsilla.

Que es esto, que es el otro, que sí, que no, la escuela acabó por trastornarse; Chico Pino se desgañaba llamándonos al

orden; los decuriones llovían sobre sus milites palmeta y látigo; los granos de maíz para las rodillas fueron cambiados por arena, pero todo fue inútil. Cuando el maestro *tomaba* las lecciones, acaecía que un pequenín dijera así los sacramentos: “el primero, bautismo, el segundo confirmación, el tercero penitencia, el cuarto normalista!” . . .

Una hora en cruz, con orejas, y en la puerta. ¡Venga otro!

—Pregunto: decid, niño, cómo os llamáis?

—Responderá su nombre Pedro, Juan, Normalista . . . no, no; Pedro, Juan, Francisco, etcétera.

Por allá gritaba entretanto alguno su lección de Moral: “La celdilla de la abeja, cabaña del castor . . .”, y otro mascullaba la de Cartilla del Ciudadano: “¿Qué cosa es ley? Un precepto impuesto por orden superior, que manda, prohíbe o permite código civil”. Un tercero repasaba su silabario en esta forma: “beába, beébe, beíbi, beóbo, beúbu”; y otro, en fin, deletreaba así el Catecismo: “d-io-se-dios, tete; sea-le-sal-ueve, *Dios te Salve*”.

El pobre *escuelero* se volvía loco.

Era él de los mejores maestros; pues no se había limitado a enseñarnos la Tabla, la Doctrina, la Moral y la Escritura, sino

que introdujo además la Cartilla del Ciudadano, y la Gramática, que él reducía a repetir los nombres de los signos de puntuación, y a los verbos amar, temer y partir. “Coma, punto y coma, dos puntos, punto final, paréntesis, guión, interrogante, *admirante*, párrafo, diéresis o *crema*”: Eso era la Gramática.

De todos modos, pasaba Chico Pino por un buen maestro; mas la noticia de que llegaba un normalista dio en tierra con su autoridad; de modo que la escuela se le hizo ingobernable. Un día, amanecido apenas, Chico Pino tomó la vuelta de su pueblo, sin decir adiós ni presentar renuncia; con lo que el Municipio, temeroso de que el desorden continuara, dio la escuela por cerrada en tanto no viniera el nuevo maestro.

XXIII

¿Cuándo llega, por fin? ¿Cómo vendrá vestido? ¿Hablará en lengua? Estas y otras muchas preguntas se hacían los vecinos, con impaciencia, y para ello les sobraban motivos: porque nadie sabía en el pueblo, qué y cómo era un normalista; porque éste a quien esperábamos, era *nuestro*; un muchacho del pueblo, ido cuatro años antes a San Salvador, y porque en aquel tiempo, no más que los valientes y los locos emprendían viaje al *Otro Lado*,

es decir, más allá del Lempa. Imaginad el interés que nos inspiraba ese hombre que venía de *allá*, que había vivido *allá*, y que se había *instruido allá*!

Mientras llegaba, y para recibirle dignamente, las madres aderezaban a sus hijos con traje nuevo, bolsón nuevo, regla y pluma nuevas y, además, tinta morada y papel rayado de rojo. Por su parte el Ayuntamiento disponía una hermosa y bien acribada palmeta, *disciplinas* de bien torcido cuero, y hacía blanquear la escuela.

XXIV

Fue una mañana, yendo a misa de cinco, cuando ahí, cerca del pilón de la plaza, *lo vi* ¡yo antes que ninguno! Adiviné que era él, y le examiné a mi gusto, de pies a cabeza, hasta que supe *a fondo* lo que era. ¡Portentoso: pantalón de casimir! chaleco! reloj con *leontina*! ¡camisa de lana!, fondo claro con listas azules, y sombrero de *felpa*!

Minutos después, más de treinta muchachos le examinábamos a respetuosa distancia, boquiabiertos, notando hasta el más insignificante detalle de su fisonomía y de su traje.

Durante una semana no se habló sino de “don Anselmo”. Por tácito convenio le dimos ese nombre, en vez del usual de *maestro*, que recordaba la pobre figura de Chico Pino. Después de algunos días, cuando don Anselmo hubo contado, recontado y vuelto a contar su vida en San Salvador, su viaje, el paso del Lempa, cómo era el Obispo y cómo el gobierno, se abrió la escuela.

XXV

El salón estaba aquel día de bote en bote; y cuando don Anselmo comenzó a explicar, no se oía ni el más ligero ruido. Dijo que en adelante recibirían clase, los diez alumnos más aprovechados; que éstos se repartirían la enseñanza de los demás, que los principales estudiarían gramática, aritmética, moral y geografía. Todo por un nuevo sistema. Que pidiéramos a San Salvador la “Gramática” de Velarde y “El Universo” del mismo. En seguida, entresacados los diez notables, comenzó la clase.

—Yo satisfago . . . tú satisfaces . . . El verbo satisfacer, quiere decir *hacer bastante*.

Todos: ¡hacer bastanteee!

—Pretérito; yo satisface... tú satisfaciste... él satisfizo...
Repitan!

—Yo satisface, face... faci... fice... tú satisfaciste...
feciste; ficiste; él satisfació... fició... feció...

Cuando llegamos al futuro del subjuntivo, estábamos locos de entusiasmo. Al salir de la escuela no se oía más que “satisfaría, satisfaremos, satisficieren”; todos pronunciaban con tal énfasis, como si fueran palabras mágicas.

Y qué comentarios!

—Este sí que sabe!

—Y nos va a enseñar *Universo*!

—Y qué es Universo?

—Tonto, el Universo es *lengua*!

—Cómo va a ser lengua? el universo es para cuentas.

—Qué va —dijo el sabio, el que dividía por tres cifras— el Universo es con láminas; yo lo he visto, porque don Anselmo me lo enseñó. Tiene una así como cola de *papalote*, que se llama cometa, y otro cuento redondo que se llama Saturno.

Todos los días nos daba una sorpresa el nuevo sistema. Látigo, palmeta, arena para las rodillas continuaban y asimismo la memoria, funcionando como facultad exclusiva. No obstante,

desde el último alumno hasta el señor Alcalde, el Gobernador y acaso hasta el señor Ministro de Instrucción Pública, todos estaban convencidos de que la enseñanza había tomado “*nuevos rumbos*”.

Llegáronnos por fin los libros. El “Universo” era un libro ancho, cuadrado, que hablaba del general Prim, de los cometas, del Diluvio, de los jesuitas, y de cien cosas más. La “Gramática” comenzaba con una lista de escritores americanos; después el verbo, raíces griegas, filosofía, métrica, versos; mil asuntos, revueltos y barajados en la más extraña mescolanza.

Pues bien, jamás hubo tan lucidos exámenes, ni maestro más querido de sus discípulos, ni alumnos más bien vistos de su maestro. El pueblo todo reventaba de orgullo. ¡Como que era el único en la provincia, que poseía escuela con normalista, y normalista *propio*!

XXVI

Y no más, no más. . .

Niñerías, hay. El rosal no ha gastado aún todas sus rosas; se abren a cada nueva aurora, los céfiros saben el secreto de su fragancia. Mas no ha llegado aún la moda de las rosas; viven

y triunfan las cebollas de California, las yucas se yerguen como centros emperadores.

¡Quién fuera el pájaro de la montaña virgen, cuyos salvajes cantos se pierden entre el follaje de los anchos robles... o la tranquila flor que bebe luz en los crestones de los cráteres inholados... O, mejor, ¡quién supiera cantar el canto sin palabras de las grandes almas ignoradas!...

CUADERNOS MASFERRERIANOS

TITULOS PUBLICADOS:

1—*El dinero maldito*

2—*¿Qué debemos saber?*

3—*La Religión Universal*

4—*El Minimum Vital*

5—*Niñerías*

EN PRENSA:

6—*Prosas Escogidas*

